

## Clase 9

10 de Mayo de 1972

Me resulta difícil, me resulta tan difícil franquearles la vía en un discurso que no les interesa a todos. Quiero decir como "*pas-tous*", e incluso agrego: que como "*pas-tous*". Una cosa es evidente, es el carácter clave en el pensamiento de Freud del "todos". La noción de masa que él hereda de ese imbécil que se llamaba Gustave Lebon le sirve para entificar ese todos. No es asombroso que haya descubierto ahí la necesidad de un "*il existe*"; del cual, en esta ocasión, no ve sino el aspecto que él traduce como el trazo unario: "*der einziger Zug*". El trazo unario no tiene nada que hacer con "*l'y a de l'un*" que yo trato este año de estrechar bajo el título de que no hay mejor manera de hacerlo, lo que yo expreso por medio de "*...ou pire*", entonces no es por nada que dije el dicho adverbialmente.

Les indico de inmediato: el trazo unario es aquel en el cual la repetición se marca como tal. La repetición no funda ningún "Todos" ni identifica nada, porque tautológicamente, si se puede decir, no puede haber en ella una primera vez. Es por esto que toda esta psicología de algo que se traduce como "de las masas", psicología de las masas, fracasa, falla aquello que se trataría de ver con un poco más de suerte: la naturaleza del "*pas-tous*" que la funda, naturaleza que es justamente aquella de "la mujer" — a ser puesto entre comillas — que para el padre Freud ha constituido el problema hasta el fin, el problema de lo que ella quiere, ya les he hablado de esto.

Pero volvamos a lo que yo trato de hilar para Uds. este año. Es cierto que no importa qué puede servir para escribir *l'UN* de repetición. No es que no sea nada, sino que se escribe con cualquier cosa, aun siendo poco fácil repetirlo en figura. Nada más fácil de figurar para el ser que se encuentra a cargo de hacer que en el lenguaje eso hable, nada más fácil a figurar que aquello que está hecho para reproducir naturalmente, (a saber) —como se dice—, su semejante o su tipo, no es que él sepa en el origen hacer su figura, pero ella lo marca, y eso, puede devolverle, la marca que justamente es el trazo unario. El trazo unario es el soporte de aquello de lo que yo partí bajo el nombre de estadio del espejo, es decir de identificación imaginaria. Pero no solamente esa puntuación de un soporte típico, es decir imaginario, la marca como tal, el trazo unario, no constituye un juicio de valor como se dice —que yo hacía— un juicio de valor del tipo: imaginario: caca, ¡simbólico! ¡miam-miam!; pero todo lo que yo he dicho, escrito, inscripto en los grafos, esquematizado en el modelo óptico en esta ocasión, donde el sujeto se refleja en el trazo unario y donde solamente a partir de allí es que él se marca como Yo-ideal, todo esto insisto justamente sobre aquello de que la identificación imaginaria se opera por una marca simbólica. De suerte que quien denuncia este maniqueísmo —el

juicio de valor: ¡puaj!— en mi doctrina demuestra solamente lo que él es; por haberme escuchado así desde el comienzo de mi discurso del cual sin embargo es contemporáneo: un cerdo por pararse sobre sus patas y hacer de cerdo parado; no deja de ser el cerdo que era pero sólo él se imagina que alguien se acuerda de aquello.

Para volver a Freud del cual hasta aquí no he hecho otra cosa que comentar la función que él introdujo bajo el nombre de narcisismo, es del error que cometió ligando el yo sin pasaje a su "*Massen-Psychologie*" de donde releva lo increíble de la institución en que él ha proyectado lo que él llama la economía del psiquismo, es a saber la organización a la cual él ha creído deber confiar el relanzamiento de su doctrina. El la ha querido así ¿por qué? Para constituir la custodia de un núcleo de verdad. Es así como lo ha pensado Freud. Y es así también que aquellos que manifiestan ser los frutos de esta concepción se expresan por lo mismo y llaman la atención sobre él, aunque declaran modesto este núcleo. Lo que, desde el punto en que están las cosas ahora en la opinión, es cómico. Es suficiente para hacerlo aparecer, indicar lo que implica esta especie de garante: una escuela de sabiduría. He aquí cómo se habría llamado a esto desde siempre. ¿Es así? La sabiduría, como aparece en el mismo libro de la paciencia, de la sapiencia que es el *Eclesiastés*, es ¿qué? Es como está dicho claramente: es el saber del goce. Todo lo que se plantea como tal se caracteriza como esotérico y se puede decir que no hay religión, fuera de la cristiana, que no se adorne {*s'en pare/s'empare*} con ello, con los dos sentidos de la palabra.

En todas las religiones, la budista y también la mahometana, sin contar las otras, hay este adorno, este modo de adornarse, quiero decir de marcar el lugar de ese saber del goce. ¿Tengo necesidad de evocar los tantrás para una de esas religiones, y los sufíes para la otra? Es esto con lo cual se autorizan también los filósofos presocráticos y es esto aquello con lo que Sócrates rompe substituyéndolo, llamándolo por su nombre, por la relación con el objeto a que no es otra cosa que eso que él llama alma.

Esta operación se ilustra suficientemente con el partenaire que le es dado en el "*Banquete*" bajo la especie perfectamente histórica de Alcibíades, o dicho de otro modo del frenesí sexual, en cual desemboco normalmente el discurso del Amo, si puedo decirlo, absoluto, es decir que él no produce otra cosa que la castración simbólica, recuerdo la mutilación de los Hermes, yo lo hice en su tiempo cuando, me serví de ese "*Banquete*" para articular la transferencia. El saber del goce, a partir de Sócrates, no sobrevivirá sino al margen de la civilización, por supuesto sin que ella sienta eso que Freud llama públicamente su malestar. Un loco cada tanto muge que él se encuentra en el hilo de esa subversión, esto no marca un momento decisivo sino en que sea capaz de hacerla oír en el discurso mismo que ha producido ese saber: el discurso cristiano, para poner los puntos sobre las íes, ya que no dudemos de ellos, es el heredero del discurso socrático, es el discurso del Amo "*up to date*", del Amo último modelo, y de sus nietas modelo-modelo que son su progenitura.

Me aseguran que en este género, lo que yo llamo modelo-modelo, que ahora se adorna de iniciales diversas, pero que comienzan siempre por M, vienen aquí en gran cantidad. Lo sé porque me lo dicen. Porque, yo, de donde yo estoy, no me es suficiente para verlos, mirarlos a Ustedes, porque jus-

tamente desde el vamos ellas no son "*pas-toutes*" modelo-modelo. Sí, remarquémoslo, esto produce efecto evidentemente cuando, esta observación, que ha habido subversión —y he dicho que marca un momento decisivo (hace época)— es un Nietzsche el que la prefiere. Yo simplemente marco, que no puede proferirla —quiero decir hacerse oír— sino articulándola dentro de el único discurso audible, es decir aquél que determina el Amo *up-to-date* como su descendencia. Todo ese bello mundo se regodea en ello naturalmente, pero eso no cambia nada. Todo lo que se produjo es parte desde el comienzo y, por supuesto, las mismas iniciales de las cuales se trataba hace un rato, están también desde el comienzo, esto no se descubre sino "*nachträglich*".

Creo que no es inútil marcar aquí que el "*pas-tous*" se ha deslizado, como es natural, al "*pas-toutes*", está hecho para eso, todo el bla-bla-bla del cual yo produzco hoy que no se puede puntear algún movimiento en la emergencia del discurso sino para marcar que el sentido del mismo sigue siendo problemático, particularmente lo que no se debe oír en lo que yo acabo de decir, a saber un sentido de la historia, ya que, como cualquier otro sentido, no se aclara sino de lo que sucede, y lo que sucede no depende sino de la fortuna. Sin embargo, esto no quiere decir que no sea calculable. ¿A partir de qué? De *I'UN* que se encuentra. Sólo que no hay que equivocarse en lo que se encuentra de *I'UN*. No es nunca aquél que se busca. Es por eso, como yo lo dije después de otro que está en mi caso —"Yo no busco", dijo "yo encuentro"— el modo, el único modo de no equivocarse, es a partir del hallazgo interrogarse sobre qué era lo que había, si se hubiera querido, para buscar. ¿Qué es la fórmula de la cual, un día, yo he articulado la transferencia, ese luego famoso "sujeto-supuesto-saber"? Mis artefactos de escritura demuestran en ella un pleonasma: hay que escribir sujeto de  $\S$ , lo que recuerda que un sujeto no es jamás más que un supuesto:  $\text{υποκειμενον}$ . No uso la redundancia sino a partir de la sordera de el Otro. Está claro que es el saber el que es supuesto, y nadie se ha equivocado nunca en esto. ¿Supuesto a quién? Ciertamente no al analista sino a su posición. Sobre esto se puede consultar mis seminarios, ya que es esto lo que sorprende al releerlos, nada de fallas. A diferencia de mis escritos. Sí. Es así. Porque yo escribo rápido. No me lo había dicho nunca, pero lo descubrí porque me sucedió hablando recientemente con alguien. Fue después de la última vez en que algunos de Uds. me oyeron en Santa Ana. Avancé algunas cosas a partir de la teoría de los conjuntos aquí evocada, para cuestionar este UNO del cual hablaba recién, hace un instante. Yo arriesgo siempre, y no se puede decir que esta vez no lo haya hecho con todo el humor necesario.

$2^{\aleph_0-1}$ , dos elevado a la Aleph, índice cero menos UNO, creo haberles señalado suficientemente la diferencia que hay entre el índice cero y la función cero cuando es utilizada en una escala exponencial. Por supuesto, esto no quiere decir que no haya cosquilleado aquí la sensibilidad de los matemáticos que podrían encontrarse aquí esta noche entre mi auditorio. Lo que yo quería decir y esperando que algo de esto me vuelva —era una interpolación— lo que yo quería decir es que, sustraído el UNO, todo este edificio de números debería, entendiéndolo como producto de una operación lógica, nominalmente aquella que procede de la posición del cero y de la definición del sucesor, deshacerse en toda la cadena hasta volver a su punto de partida. Es curioso que me haya sido necesario convocar a alguien expresamente para que, de su

boca, reencuentre lo bien fundado de lo que enuncié la última vez, a saber que esto no comporta solamente el UNO que se produce del cero, sino un otro que como tal he marcado señalable en la cadena del pasaje de un número al otro cuando se trata de contar su parte. Es aquí donde yo espero concluir, pero desde ahora me contento con notar que la persona que así me confirmaba, es ella la que en una dedicatoria que me hizo el honor de hacerme a propósito de un pequeño artículo en el cual ella misma enunciaba que yo escribía rápido. Esto no se me ocurrió porque lo que yo escribo, lo rehago diez veces. Pero es cierto que la décima vez, lo escribo muy rápido y es por eso que quedan en ello imperfecciones: porque es un texto. Un texto, como su nombre lo indica, no puede tejerse sino haciendo nudos. Cuando se hacen nudos, hay algo que resta y pende. Pido disculpas. Nunca he escrito sino para que me entendieran las personas sensatas. Y cuando, por excepción escribía primero, el relato de un congreso por ejemplo, no hice nunca sino dar un discurso sobre mi propio relato. Consulten sino lo que yo dije en Roma para el Congreso así llamado: hice el informe escrito que se sabe, y esto ha sido publicado en su momento, lo que yo dije; no lo he retomado en mi escrito, pero estaremos más cómodos seguramente en él que en informe mismo.

Aquellos para quienes, en suma, yo hice este trabajo de retoma lógica, este trabajo que parte del discurso de Roma, desde que ellos abandonan la línea crítica que de él resulta, de ese trabajo, para volver a los seres de los cuales yo demuestro precisamente que este discurso debe abstenerse, para volver a esos seres, y hacer de ellos el soporte del discurso del analizando, no hacen más que volver al parloteo. He aquí por qué los mismos que han tomado el ancho de este discurso, tan pronto dicho, tan pronto hecho, han perdido completamente el sentido del mismo. He aquí por qué, a propósito de mi "sujeto-supuesto-saber", ocurre que lo emiten, más aún, que imprimen negro sobre blanco —lo que es más fuerte— justamente al apercibirse despegados de donde yo los conducía, de la línea en que yo los mantenía, que ellos no sabían más nada. A partir de lo cual, lo repito, llegaron a decir que suponerlo, ese saber, a la posición del analista, es muy malo porque quiere decir que el analista hace apariencia. No hay en esto más que una pequeña paja que yo ya he puntualizado recién, y es que el analista no hace apariencia: ocupa —¿ocupa con qué? es lo que dejo a retomar— ocupa la posición del aparente {*semblant*}. Lo ocupa legítimamente porque, en relación al goce, al goce tal como ellos deben aprehenderlo en los dichos de aquel que a título de analizante ellos resguardan en su enunciación de sujeto, no hay otra posición sostenible, que no hay sino aquí que se apercibe hasta dónde el goce, el goce de esta enunciación autorizada, puede conducirse sin estragos demasiado notables. Pero el que hace apariencia {*semblant*} no se nutre del goce del cual se mofaría según el decir de aquellos que vuelven al discurso del carril. Este que hace apariencia {*semblant*} da a otra cosa que él mismo su portavoz, y justamente al mostrarse con máscara que (yo digo) abiertamente llevada, como en la escena griega: el hacer apariencia no tiene efecto sino por ser manifiesto. Cuando el actor lleva su máscara, su cara no gesticula, no es realista, el *pathos* está reservado al coro que se da a él — es el caso de decirlo — plenamente — y ¿por qué? Para que el espectador, digo aquel de la escena antigua, encuentre su plus de gozar comunitario en él. Es lo que para nosotros es el costo del cine, en él la máscara es otra cosa: es lo irreal de la proyección.

Pero volvamos a nosotros, es para darle voz a algo que el analista puede demostrar que esta referencia a la escena griega, es oportuna, porque ¿qué es lo que él hace, al ocupar como tal esta posición de aparente? Nada más que demostrar justamente que el poder, demostrar que el terror experimentado del deseo sobre el cual se organiza la neurosis —lo que se llama defensa— no es a la vista de lo que se produce de trabajo en pura pérdida más que conjura a la compasión. Encontrarán en las dos puntas de esta frase lo que Aristóteles designa como efecto de la tragedia sobre el auditor. ¿Y dónde dije yo que el saber del cual procede esta voz sea del aparente? Debe ella misma parecerlo, tomar un tono inspirado? Nada parecido: ni el aire, ni la canción del aparente le convienen al analista. Solamente he aquí, que está claro que ese saber no es lo esotérico del goce, ni solamente la habilidad de la mueca; es necesario resolverse a hablar de la verdad como posición fundamental, incluso si de esta verdad no se sabe todo ya que yo la definí por su medio-decir, por el hecho de que ella no puede más que medio-decirse. Pero ¿qué es entonces el saber que se asegura de la verdad? No es otra cosa que lo que proviene de la notación que resulta del hecho de plantearla a partir del significante, actitud bastante dura de sostener, pero que se confirma al proveer un saber no iniciático porque procediendo, mal que le pese a alguien, del sujeto que un discurso somete como tal a la producción, ese sujeto que califican de creativo, y precisar que es de sujeto de lo que se trata, lo que se recorta de lo que el sujeto —en mi lógica— se extenua por producirse como efecto del significante, por supuesto, manteniéndose tan distinto de él como un número real de una serie cuya convergencia está asegurada racionalmente.

Decir saber no iniciático, es decir saber que se enseña por otras vías que las directas del goce, las cuales están todas condicionadas por el fracaso fundador del goce sexual, quiero decir de aquél por el cual el goce constitutivo del ser parlante se demarca del goce sexual, separación y demarcación de las cuales ciertamente la eflorescencia en corta y limitada. Y es por esto que no se ha podido hacer sino el catálogo precisamente a partir del discurso analítico en la lista perfectamente finita de las pulsiones. Su finitud es conexas con la imposibilidad que se demuestra en el verdadero cuestionamiento de la relación sexual como tal. Exactamente, es en la práctica misma de la relación sexual dónde se afirma el lazo que promovemos. Nosotros, como seres parlantes, dispersamos por todas partes lo imposible y lo real, a saber que lo Real no tiene otro testimonio: toda realidad es supuesta ser, no imaginaria, como me lo imputan, porque en realidad es bastante patente que lo Imaginario tal como surge de la etología animal es una articulación de lo Real. Lo que nosotros debemos suponer de toda realidad, es que ella sea fantasmática y lo que permite escapar de ella, es que una imposibilidad en la fórmula simbólica que nos está permitido extraer de ella demuestra lo real del cual no por nada aquí para designar lo simbólico en cuestión nos serviremos de la palabra término.

El amor, después de todo podría ser tomado como objeto de una fenomenología; la expresión literaria de lo que se emite es bastante profusa para que se pueda presumir que se podría sacar de ella algo. De cualquier modo es curioso que, poniendo aparte ciertos autores como Stendhal, Baudelaire y dejando caer la fenomenología amorosa del surrealismo cuyo moralismo me deja impotente —es el caso de decirlo— es curioso que la expresión literaria sea tan corta como para que no pueda incluso aparecer la

única cosa que nos interesaría: es la extrañeza, y que si esto es suficiente para designar todo lo que se inscribe en la novela del siglo XIX, para todo lo que está antes, es lo contrario: es —remítanse a la Astrea que, para los contemporáneos, no era nada— es que nosotros comprendemos tan poco lo que ella podía ser, justamente para los contemporáneos, que no sentimos por ella más que fastidio. De suerte que esta fenomenología, no es muy difícil de hacerla y que al retomar lo que haría inventario de ella, no pueda deducir en ello otra cosa que la miseria de aquello sobre lo cual ella se apoya.

El psicoanálisis mismo ha caído allí dentro en total inocencia. Por supuesto, no es muy alegre lo que ha encontrado primero. Hay que reconocer que no se ha limitado a ello: pero lo que le resta y lo que ella abre de ejemplar primeramente, es ese modelo de amor en tanto que está dado por los cuidados dados por la madre al hijo, a aquello que se inscribe aún en el carácter chino: HAO, lo que quiere decir el bien o lo que está bien. No es otra cosa que esto: que figura el hijo TSEN y eso que quiere decir la mujer. Extendiendo esto, de la hija acariciando al padre senil e incluso a eso a lo cual yo hago alusión al final de mi "Subversión del sujeto", a saber al minero que su mujer fricciona antes que él la bese, no es esto lo que nos aclarará mucho la relación sexual.

El saber sobre la verdad es útil al analista en tanto le permite ensanchar un poco su relación a esos efectos del sujeto justamente de los cuales yo he intentado decir que él resguarda dejando el campo libre al discurso del analizando. Que el analista debe comprender el discurso del analizando, parece en efecto preferible. Pero saber de donde, es una cuestión que no parece imponerse a los ojos de la sola notación de lo que él debe ser en el discurso al ocupar la posición del *semblant*. Es necesario, por supuesto, acentuar que es en tanto que a que él ocupa esta posición del *semblant*. El analista no puede comprender nada sino a título de lo que dice el analizando; a saber, de verse, no como causa, sino como efecto de ese discurso, lo que no le impide el derecho de reconocerse en él. Y es por esto que vale más que haya pasado por allí, en el análisis didáctico, quien no puede estar seguro más que por haber estado involucrado de esta manera.

Hay una faz del saber sobre la Verdad que toma su fuerza de descuidar totalmente el contenido de ella, de asestar que la articulación significativa es su lugar y su tiempo de tal modo que cualquier cosa que no es más que esta articulación cuya mostración al sentido pasivo se encuentra en tomar un sentido activo e imponerse como demostración al ser, al ser parlante que no puede en esta ocasión sino reconocer, para el significante, no solamente habitarlo sino no ser más que la marca de él. Porque la libertad de elegir sus axiomas, es decir el comienzo elegido para esta demostración no consiste más que en sufrir como sujeto las consecuencias que, ellas mismas no son libres, a partir solamente de que la Verdad puede construirse solamente a partir de 0 y de 1, lo que se hizo no solamente al comienzo del último siglo, en algún lugar entre Boole y De Morgan, con la emergencia de la lógica matemática, donde no se debe creer que 0 y 1 aquí anotan la oposición de la Verdad y el error.

Es la revelación, que no toma su valor sino "*nachträglich*", por Frege y Cantor de lo que ese 0 dice del error, que obstruía a los estoicos para quienes era esto y esto conducía esta graciosa locura de la implicancia material, la cual no por nada era rechazada por algunos de eso que ella plantea, que la

## Seminario 19: ...o peor (1971-1972)

---

implicación es verdadera lo que hace resultar la verdad formulada, el error implicando la verdad es una implicación verdadera. No hay nada parecido en la posición de esto con la lógica matemática: que 0 implique 1 es una implicación notable de 1, es decir verdaderamente.

$$(0 \rightarrow 1) \rightarrow 1$$

0 tiene tanto valor verídico como 1, porque 0 no es la negación de la verdad 1, sino la verdad de la falta que consiste en que a 2 le falta 1, lo que quiere decir, en el único plano de la verdad, que la Verdad no podría hablar sino afirmándose en la ocasión, como se ha hecho durante siglos, ser la doble verdad, pero jamás la verdad, completa.

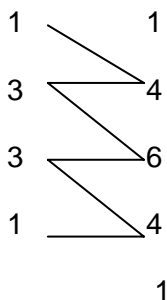
0 no es la negación de alguna cosa, particularmente de ninguna multiplicidad. El juega su rol en la edificación del número. Es completamente arreglable como cada uno sabe: si no hubiera más que 0, ¡qué vida tranquila tendríamos! Pero lo que esto indica es que, cuando haría falta que hubiera 2, no los hay jamás y ésta es una verdad.

0 implica 1, el todo implicando 1, se debe tomar, no como lo falso implicando lo verdadero, sino como dos verdaderos, el uno implicando al otro, pero también afirmar que lo verdadero no sea nunca sino al faltarle a su partenaire. La única cosa a la cual él 0 se opone, pero resueltamente, es a tener una relación con el 1 tal que el 2 puede resultar de ella. No es cierto que

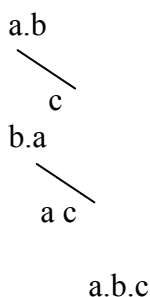
---

$(0 \rightarrow 1) \rightarrow 2$  —es lo que yo marco con la barra que conviene— que 0 implicando 1 implica 2.

¿Como aprehender entonces lo que es de ese 2, sin lo cual está claro que no se puede construir ningún número? Yo no he hablado de numerarlos, sino de construirlos. Es por eso que la última vez, los llevé hasta el aleph, fue para, al pasar, hacerles sentir que en la generación de un número cardinal al otro, en el conteo de los sub-conjuntos, algo en alguna parte se cuenta tal que es otro 1, esos que marqué en el triángulo de Pascal haciendo remarcar que cada cifra que se encuentra a la derecha marcando el número de partes se hace de la adición de lo que en ella corresponde como parte en el conjunto precedente.



Es ese 1, ese 1 que he caracterizado cuando se trata del 3 por ejemplo, a saber el a b opuesto al c y del b a que viene igual. Para lo que corresponde al 4, es necesario que al a b, al b a,



al ac, haya a.b.c. el a.b.c., la yuxtaposición de los elementos del conjunto precedente, su yuxtaposición como tal que viene a cuenta al solo título de 1. Es lo que yo he llamado "la mismidad de la diferencia", porque es en tanto que nada en su propiedad es más que ser diferencia de los elementos que vienen aquí a soportar a los subconjuntos: que esos elementos son contados —ellos mismos— en la generación de las partes que van a continuar. Insisto. Lo que se cuestiona es, aquello de lo que se trata en cuanto a lo enumerado, es el uno en más en tanto y en cuanto se cuenta como tal en lo enumerado en el aleph de sus partes en cada pasaje de un número a su sucesor. Es de contarse como tal, de la diferencia como propiedad, que la multiplicación que se expresa en el exponencial  $2^{n-1}$ , de las partes del conjunto superior, de su bipartición, que se comprueba en el aleph, ¿qué? A ser puesta a prueba de lo enumerable. Que es lo que aquí se revela en tanto que de un UNO, del UNO del cual se trata, es de otro que se trata: que aquello que se constituye a partir del 1 y del 0 como inaccesibilidad del 2, no se libra sino al nivel del aleph<sup>0</sup> ( $\aleph^0$ ) es decir del infinito actual.

Para terminar, se los voy a hacer sentir y bajo una forma completamente simple que és ésta: de lo que se puede decir en cuanto a lo que es los enteros, concerniendo una propiedad que sería la de la accesibilidad. Definámosla así: un número es accesible de poder ser producido, sea como suma, sea como exponenciación de números que son más pequeños que él. Bajo este tratamiento, el comienzo de los números se confirma no ser accesible y más precisamente hasta el 2. La cosa nos interesa muy especialmente en cuanto ese 2, ya que de la relación del 1 al 0, he señalado suficientemente que el 1 se engendra de aquello que el 0 marca como falta. Con 0 y 1, que Uds. adicionan, o ponen uno junto al otro, véase al 1 mismo en una relación exponencial, jamás se llega al 2. El número 2, en el sentido en que yo acabo de plantearlo, que se puede de una suma o de una exponenciación engendrarse de números más pequeños, este test se demuestra negativo: no hay 2 que se engendre por medio del 1 o del 0.

Una observación de Gödel es aquí esclarecedora, y es precisamente que el aleph<sup>0</sup> ( $\aleph^0$ ), a saber el infinito actual, es lo que se revela realizar el mismo caso, en tanto que para todo lo que corresponde a los números enteros



a partir de 2 — comiencen por 3: 3 se hace con 1 y 2, 4 puede hacerse de un 2 puesto en su propia exponenciación, y así el resto — no hay un número que no pueda realizarse por una de esas dos operaciones a partir de números más pequeños que él. Es esto precisamente lo que falta y es lo que, al nivel del aleph 0 reproduce esta falla que yo llamo de la inaccesibilidad.

No hay ningún número propiamente que, sirviéndose de él para hacer la adición indefinida con todos, incluso con todos sus sucesores, ni tampoco llevándolo a un exponente tan grande como Uds. deseen, que haya accedido jamás al aleph.

Es singular — y esto es lo que hoy debo dejar de lado, a riesgo de tener que retomarlo: si esto interesa a algunos en un círculo más estrecho — es muy llamativo que, de la construcción de Cantor, resulta que no hay aleph que a partir del aleph 0 no pueda ser tenido como por accesible. No es menos cierto que, desde la opinión de aquellos que han hecho progresar esta dificultad de la Teoría de los Conjuntos, es solamente de la suposición que, en esos alephs, hay algo de inaccesible, que puede reintroducirse, en lo que es números enteros, lo que yo llamaría la consistencia, dicho de otro modo que, sin esta suposición de lo inaccesible reproduciéndose en alguna parte en los alephs, esto de los que se trata, y esto de lo que yo partí y esto que está hecho para sugerirles la utilidad de que haya UNO para que Uds. sean capaces de oír lo que es esta bipartición fugitiva a cada instante, esta bipartición del hombre y la mujer: todo lo que no es hombre es mujer; tenderíamos a admitirlo, pero ya que la mujer es "no toda" {*pas-toute*}, ¿por qué todo aquello que no es mujer debiera ser hombre? Esta bipartición, esta imposibilidad de aplicar, en esta materia del género, algo que sea el principio de contradicción, que no deba nada menos que admitir la inaccesibilidad de algo más allá del aleph para que la no-contradicción sea consistente, que sea fundado decir que lo que no es 1 sea 0 y que lo que no es 0 sea 1; es esto lo que yo les indico como siendo lo que debe permitir al analista escuchar, un poco más lejos que a través de los cristales de los anteojos del objeto *a*, lo que aquí se produce, lo que de efecto se produce, lo que se crea de UNO por un discurso que no reposa sino sobre el fundamento del significante.